

á quien con su error habia hecho mártir. Dos cosas se nos ofrecen en que muy de verdad debemos emplear nuestros pensamientos acerca de estas palabras del Señor, en que dice, que son muchos los llamados y pocos los escogidos. Lo primero que ninguno por ser llamado á la fé y al Santo Bautismo, presume que ya es del número de los escogidos. Lo segundo que ninguno juzgue por perdido á su próximo, por muy enredado que le vea en vicios y pecados: porque los tesoros de la divina misericordia solo Dios los sabe. Quiero hermanos míos, contaros un exemplo que poco ha sucedió, para vuestro consuelo, y para que los que os hallais muy agravados de culpas, busqueis con mas amor la misericordia de Dios. En este mismo año en que estamos, á mi Monasterio que está fundado cerca de la Iglesia de los gloriosos Mártires San Juan y San Pablo, llegó un hermano á convertirse, fué recibido con mucha devocion, y él se mostró mucho mas devoto en su conversacion. Vino despues al mismo Monasterio un hermano de éste siguiendo á su hermano con el cuerpo, mas no con el corazon: vivia en el Monasterio como un huesped muy descontento de ver el hábito y la conversacion de los religiosos; y siéndole odiosa la vida de los Monges, no podia irse del Monasterio, porque ni sabia qué hacerse, ni tenia en donde vivir: era su malidad y perversa condicion odiosa á todos los de la casa, mas le toleraban por respeto del hermano, al que amaban mucho: era soberbio y vano, y lo que peor era, que no creia haber otra vida despues de ésta: y si alguno le predicaba de las cosas del cielo, se burlaba de él; y así vivia dentro del Monasterio con hábito y ropas de seglar, libre en sus palabras, inconstante en sus afectos, soberbio en sus pensamientos, en las ropas muy aseado, y en las obras muy desbaratado. En el mes de Julio que acaba de pasar, fué herido de una landre en la pestilencia que visteis: estuvo tan apretado, que ya creian que partia de la vida: tenia todo

el

el cuerpo frio y como muerto; en solo el corazon y la lengua se mostraban señales de estar vivo. Estaban allí con él los Monges, y en quanto podian le ayudaban con sus oraciones. Estando él en esta agonía, vió súbitamente un fiero y espantoso dragon que se lo venia á tragar: empezó como espantado á dar de repente voces, diciendo: ó Padres, que el dragon á quien me han dado, viene á tragarme, y por estar vosotros aquí no lo puede hacer, ¿para qué me teneis en esta penosa dilacion? dadle ya lugar á que me trague. Los Monges con gran fervor y devocion decíanle, que se signase y santiguase: él respondia del modo que podia, diciendo: bien querria hacerlo, mas no puedo, porque el dragon me tiene atado, la cara me tiene mojada con las espumas hediondas que salen de su boca, y la garganta me la tiene tan apretada que me ahoga; tiene mis brazos apretados, porque ya me ha empezado á tragar: diciendo esto con extremadas angustias, trasudaba y temblaba, y se ponía de un color muy feo. Los Monges viendo esto instaban mas en la oracion, pidiendo misericordia al Señor para aquel pecador tan afligido: súbitamente sintió grande alivio, y comenzó á decir con grandes voces: gracias sean dadas á Dios, que el dragon me ha dexado y se ha ido espantado con vuestras oraciones: ofreció á Dios que se haria Monge, y mudaria la vida en ser su siervo, y desde entónces hasta hoy aun se está enfermo con graves calenturas, y fatigado con dolores. El se libró de la muerte que tan cerca tenia, mas aun no se ha restituido á la salud; y creo que el Señor le da la fatiga de tan larga enfermedad, porque tambien largos tiempos habia que estaba obstinado en pecados, y es justo que quien tuvo corazon tan duro para con Dios, sienta ahora muy duro el fuego de la affliction con que es purificado: dispone la Divina Providencia que los vicios que han sido largos se purguen con larga enfermedad. ¿Quién jamas creyera, hermanos míos, que este hombre habia de ser guardado de Dios

Tom. I.

Kk

pa-

para que se convirtiese? ¿quién podrá contemplar una misericordia de Dios tan grande como esta? Vió este mancebo perdido y desventurado al tiempo de su muerte el dragon á quien habia servido en la vida, y por la misericordia del Señor no le vió para perder con él la vida, sino para que conociese á quien habia servido en la vida, y conociéndole le resistiese en adelante, y resistiéndole le venciese: le abrió los ojos el Señor, para que tuviese debaxo de sí al que, quando estaba ciego, le tenia cautivo. ¿Qué lengua bastaria á contar las entrañas del Padre soberano tan llenas de misericordia? ¿qué espíritu humano hay que no se pame, viendo las riquezas de tan grande piedad? En esto contemplaba el Profeta Real, quando dixo: Señor, tú eres mi ayudador, á tí cantaré loores, porque tú eres mi Dios que me has recibido en tu defensa, y tú eres mi Dios y misericordia mia. Meditaba el Profeta los grandes trabajos de la vida del hombre, y por esto llamaba á Dios por su defensor; y porque sacándonos de las amarguras de esta vida nos recibe en la gloria sin fin, le llama su recibidor; y contemplando cómo el Señor vé nuestras desventuras y las sufre, y cómo sobrelleva nuestros defectos, esperándonos con paciencia, para que nos enmendemos, para poder darnos su gloria; no quiso el Profeta llamar á Dios misericordioso, que esto le pareció poco, y le llamó la misma misericordia como en la verdad lo es, y así dixo: Dios mio, misericordia mia. Viendo esto, muy amados hermanos míos, pongamos delante de nuestros ojos los males que hemos cometido: pensemos en cuán grande es la paciencia de Dios que nos sufre, qué entrañas tan grandes las de su piedad, pues no solo perdona nuestras culpas, mas aun despues de perdonadas nos da el reyno de los cielos, viendo nuestra penitencia. Justo es que con todo nuestro corazón, alma y entrañas le pidamos favor, diciendo: Señor, tú eres mi Dios, y tú eres mi misericordia, que vives y reynas para siempre jamás. Amen.

Sermon del bienaventurado San Juan Chrisóstomo sobre el mismo Domingo: trata de la excelencia del hombre, y cómo fué puesto por Rey de todas las criaturas.

Considera la excelencia grande y valor infinito de nuestro Criador: fácil te será de creer de cuánta dignidad puede ser el hombre que él crió á su imagen y semejanza. No podia ser baxa ni de poco precio una cosa que la mano de Dios se ponía á hacer, y su espíritu soberano á darle atiento para vivir, y una alma para perfeccion de su ser: en especial si pensamos, que criaba Dios el hombre, para ponerle por Vice-Dios de quanto habia criado, y entregarle el señorío y mando sobre todas las criaturas. Y estando ordenado en la Divina, Providencia, que el hombre fuese Presidente segundo despues de Dios sobre todas las criaturas, era justo que le diese todo complemento y perfeccion, y aun un ser de tal dignidad, que mereciese ser antepuesto á todas ellas; y con tal autoridad de mandar, que pudiese ser Señor sobre todas; y solo sirviese y reconociese por Señor, al que le habia criado y puesto en tanta honra y mando; y con esta ley mandase al mundo y sirviese á Dios; mirase á Dios en lo alto por Señor, y á las criaturas las tuviese baxo su mando; y conociese que tanto servicio y obediencia debia á Dios, quanto él pedia que le hiciesen á él las criaturas; teniendo al mismo tiempo en su poder el albedrío para obedecer ó menospreciar, obediencia para conservar la vida, ó menosprecio para que justamente, si lo mereciese, le fuese dada la muerte. De aquí vino, que menospreciando murió, el que obedeciendo pudiera vivir: empleando la libertad que le diéron en menospreciar, perdió el privilegio de la vida, y ganó para sí y para los suyos sentencia de muerte; y fué tanta la benignidad del Señor, que habiénd-

dose el hombre rebelado á Dios, y negado la obediencia que le debia, aun permite que las criaturas le sirvan, y consigue que no se la nieguen. De aquí se conoce, quán grande cosa es lo que el hombre perdió, y qué abismo de bienes habia recibido; pues habiéndose hecho enemigo de Dios, aun le queda tanta riqueza de lo que primero le habia dado. ¡O hombre! ¿te parece grande el castigo? justamente eres castigado, y no hay excusa que te defienda; tu pena es muy justa y aun piadosa; y si lo quieres ver, tú menospreciaste á tu Criador, y aun tienes mando sobre sus criaturas. ¿Desobedeciste al Señor, y aun pides el servicio y la obediencia de lo que él crió? ¿Te vales de los beneficios de Dios, y no temes su omnipotencia? ¿y siendo tú por su mandado servido de todo lo que él crió, solo tú eres el que nó le sirves? Doble es tu pecado, ó hombre: en culpa doble incurres, porque tú no sirves conforme á tu condición, ó como siervo que eres, ni reconoces con tus servicios el poder y mando que te ha dado Dios. Tú te sirves del cielo, el que vestido del resplandor del sol te alumbrá todo el día: en la noche te sirve aquel maravilloso espejo de la luna tan lleno de claridad: el cielo adornado de estrellas te alumbrá y alegra con diversos reflexos: todo es para que con estas diferencias de tiempos conozcas el día y la noche, y sepas tomar el descanso de la noche para reparar el trabajo del día. Los tiempos del año son variados para tu servicio: las montañas reverdecen y echan hojas: los campos se alegran y se presentan deleytosos: los prados reciben verde y frescura: las diversidades de los animales del ayre, del agua y de la tierra multiplican y crian hijos para tu servicio: todo te obedece y sirve, las fuentes manan, los rios corren, la mar se limita á no pasar de sus términos, y todo para tí: pasado el invierno viene la alegría de la primavera: el calor del estío te sazóná las mieses, para que esté el grano bueno y como te conviene: el otoño no se olvida de llenar tus lagares de uvas: el in-

vier-

vierno provee la tierra de aguas para fecundarse y fructificar: todas las cosas sirven para lo que fuéron ordenadas: solo el hombre es el que no sirve á quien le fué mandado, que es á Dios. ¿Qué seria de tí hombre, si la naturaleza se levantase contra tí, y quisiese disputar contigo? diciendo: mira hombre, que Dios, Señor de todas las cosas, me mandó que te sirviese, haciendo yo lo que me mandases, y guardando la ley que me pusieses: mandó que produxese frutos en la tierra, y criase animales para tí, y te los diese, y así lo hago: yo cumplo el mandamiento de mi Criador, porque yo te obedezco y te sirvo; y habiéndote tú apartado de lo que Dios te mandó, yo no me mudo, obedezco á un rebelde, hago lo que me manda una criatura sin vergüenza, sirvo á un menospreciador de su Señor. Mas si el Señor del mundo me mandase mudar la orden que me ha dado, ó invertir el concierto en que me puso, y negarte todo lo que has menester, recibirias el pago que mereces, porque no quedaria cosa criada de que te pudieses valer, y entónces no habria quien desobedeciese á Dios, porque el menospreciador de Dios dignamente pereceria. Por tanto, hombre, cualquiera que seas, que así vives menospreciando á Dios, y quieres mandar á las criaturas y no servir á tu Criador; que quieres mandar y no conocer Señor, yo te aconsejo, que temas al Señor ahora que tiene paciencia, ántes que le experimentes justo Juez: corrígete con esta dilacion en que te espera, ántes que te castigue con la sentencia de su juicio: piensa, quán fácilmente harás con la humildad á Dios propicio, si quieres salir del vicio con la enmienda. Todo lo que Dios te espera, si no te enmiendas, lo pagarás con las usuras, y no creas que pasará sin grave castigo lo que tú no quisiste enmendar con las esperas de tan largo tiempo. Si el hombre pensase lo que debe á Dios, y traxese á la memoria en cada hora la muchedumbre sin cuento de beneficios que de él recibe, hallaria, que nó cesando de servirle, alabarle y darle gra-

cias,

cias, aun no igualaria á la menor parte de lo que debe; porque es claro, que las mercedes que de él recibimos, ni pueden entenderse ni contarse, ni se las puede hallar el fin, pues no hay entendimiento que pueda comprenderlos, ni hay ciencia que alcance á saber alabar á Dios como él merece; porque todos nuestros pensamientos, por mucho que adelanten, no llegan á contar sus beneficios: toda la retórica de nuestras palabras es sin arte para decir la multitud de sus dones: aunque gastemos todo el tiempo de nuestra vida en darle gracias, nunca igualaremos á lo debido. Por esto, pues, nunca cesemos de exercitar nuestras fuerzas, así las del cuerpo como las del alma, en su servicio, y nuestra boca cante sin cesar sus alabanzas; y ya que sea verdad que no podemos pagar lo que debemos, á lo ménos conozca el Señor nuestra devocion y buen deseo, y lo que por nuestra flaqueza faltare en el ofrecer, la devocion lo alcanzará en el merecer; y sea nuestro combate con Dios, no con lo poco que le servimos, sino con lo mucho en que deseamos servirle; no porque cumplimos con nuestra deuda, sino porque deseamos cumplirla. ¿Qué paga daré yo al Señor, dixo el Profeta, por tantas cosas como me ha dado? Discurre el Profeta santísimo, con qué merecimientos podrá recompensar los beneficios divinos: con qué especie de servicios igualará á tantos dones recibidos: con qué obediencia corresponderá á mercedes tan grandes. Por excelente que sea el merecimiento de los hombres, aunque viva el hombre guardando la justicia natural, y obediente á las leyes escritas, cumpla muy por entero lo que debe á la fé; aunque guarde la justicia, arroje de sí los pecados, y viva tan justo que sea el exemplo de todos los que le conocieren; para igualar con lo que hemos dicho, todo es poco, y aun ménos que poco; todo quanto el hombre por sus trabajos pudiere merecer no es nada comparado con lo que ha recibido, y así dice: cuenta, hombre, si puedes, los beneficios que has recibido, y entón-
ces

ces conocerás lo que has pagado, contrapesa tus servicios con las mercedes que Dios te ha hecho, y contempla tus méritos con los dones que has alcanzado; y si bien lo exáminas, te hallarás indigno de la vida que vives, porque si tomas el menor de los dones que Dios te ha dado, y cotejas con él todo quanto en tu vida has servido, hallarás que tu merecimiento no lo alcanza. En fin el sentido se pierde, y el entendimiento se ciega, y el alma se turba, quando el hombre se pone á hacer este exámen y entender la grandeza de Dios, y nunca los servicios del hombre tendrán proporcion con las mercedes de Dios. Y aun hasta aquí hemos hablado de los que temen á Dios, y se apartan de ofenderle, de los que haciendo exámen de sus pensamientos y sus obras, en todas sus cosas le tienen presente, procurando merecer, y trabajando por servir, y de estos se verifica lo que hemos hablado. ¿Qué será, pues, del hombre desventurado, obstinado en pecados, amigo de los vicios, y cuyas obras se hacen sin consejo? ¿qué será de los que tienen la vida tan esclava de los pecados, que no son sino leña para arder con los malos, y no son sino ministros de culpas, no son sino unas fuentes de vicios que manan contra Dios, siempre ofendiendo con pecado doble: lo uno negando á Dios el servicio que le deben, lo otro dándole ofensas en recompensa de las mercedes que de él recibe? Esten, pues, atentos los hombres á su salud: el justo procure con servicios continuos igualar, si pudiere, á las mercedes que recibe, y el malo mude de vida y empiece á servir de nuevo para pagar lo mucho que debe. El uno vaya creciendo en virtudes y en la santidad de la vida: el otro, condenando los pecados, abrace la justicia que aborrecia. El uno dé exemplo saludable á los buenos: el otro enseñe á los malos como se han de remediar con la enmienda. El uno refirme su esperanza de la gloria con la constancia en el bien: el otro se aparte con la enmienda del infierno adonde caminaba: y al fin el justo con su buena vida ganará
la

la gloria, y el pecador corregido alcanzará perdon por la divina misericordia del Señor, que vive y reyna sin fin. Amen.

Homilía del bienaventurado San Gregorio Papa sobre el Evangelio que se canta en el Domingo de la Sexagésima: escribelo San Lucas en el cap. 8. v. 4. dice así: *En aquel tiempo como se juntasen grandes tropas, y de las ciudades se apresurasen por venir á Jesu-Christo, díxoles esta semejanza: Salíó el que siembra á sembrar su semilla, y miéntras sembraba, alguna cayó cerca del camino, y fué bollada, y las aves del cielo se la comieron, &c.*

La leccion del Santo Evangelio que ahora habemos oido, amados hermanos míos, no tiene necesidad de que os la declaremos, sino de que os amonestemos á que penseis mucho en ella. No es justo, que la humana flaqueza presume exáminar lo que la soberana Magestad ha declarado: bien que en esta declaracion que el Señor ha hecho, hay algunas cosas que debemos contemplar con mucha solicitud; porque si yo quisiera decirós que la semilla es la palabra de Dios, que el campo es el mundo, que las aves son los demonios, y las espinas son las riquezas, puede ser que dudaseis en creerme; y por esto el Señor tuvo por bien declarar por sí mismo lo que él dixo, para que mejor sepais entender lo que cada cosa significa, y preguntar lo que el mismo Señor no quiso declarar. Declarándonos lo que habia dicho nos enseña, que habló estas cosas por figura, para informaros, que quando yo con mi flaqueza y poco saber os declarare algo, lo creais: de otra manera ¿quién jamas me creyera á mí, si yo dixera que por las espinas se entienden las riquezas, en especial quando las espinas punzan, y las riquezas deleytan? Es verdad que las riquezas son espinas, pues con los cuidados que

dan á nuestra alma, la despedazan y punzan como si anduviese entre espinas: y quando engañada por ellas viene á caer en el pecado, la ensangrientan, como si le diesen una cruel herida. Y con razon en otro Evangelista que cuenta esta misma historia, no las llama el Señor riquezas, sino riquezas engañosas. Son bien engañosas, pues tan poco nos duran, que es lo que nosotros mas queremos. Engañosas son, pues dan tan poca satisfaccion á nuestra voluntad. No se pueden llamar riquezas verdaderas sino las virtudes que enriquecen nuestras almas. Por tanto, si deseais ser verdaderamente ricos, poned vuestro amor en las riquezas verdaderas: si pretendéis veros encumbrados en la verdadera honra, trabajad por subir al cielo: si deseais veros puestos en dignidades gloriosas, daos prisa en procurar que se os escriba en aquella corte soberana: retened dentro de vuestra alma las palabras de Dios que habéis oido con las orejas del cuerpo, porque no hay otro manjar para el alma sino la palabra de Dios. Y no es otra cosa haberla oido y no tenerla en el alma, que en acabando de comer arrojar fuera la vianda por flaqueza del estómago. Bien sabeis que desconfiamos de la vida de un hombre, quando no retiene en el estómago lo que come: podeis, pues, temer los peligros de la muerte eterna, si recibiendo el manjar de la santa predicacion, que son palabras de vida, no se refirma en vuestra alma la memoria de ellas para guardarlas siempre. Pensad, que el tiempo se os pasa, y lo que haceis con él: que queráis ó que no, todos agujais, y con mucha priesa os llegais al dia de la estrecha cuenta: ¿pues para qué fundais vuestro amor en cosas que tan presto habéis de dexar? ¿por qué teneis en poco el bien para el que fuisteis criados? Acordaos de que aquí os dice el santo Evangelio: *El que tiene orejas para oír, oiga.* Claro está, que todos los que estaban presentes quando el Señor decia esto, tenían orejas corporales; más el Señor que dice:

el que tiene orejas para oír, oiga: cierto es que habla de los oídos del alma y del corazón. Procurad, pues, hermanos, que quando habeis oído la palabra del Señor, se os quede firme en los oídos del corazón: tened cuidado de que por vuestra culpa no caiga el grano cerca del camino, porque no venga el demonio y le quite de vuestra memoria: atended á que no caiga el grano en tierra dura como piedra; porque si comenzare á dar fruto, será sin perseverar por falta de raíces. Muchos hay que gustan de oír la palabra de Dios, y proponen enmendando la vida empezar á vivir bien; pero luego que les viene alguna adversidad, como flacos se dexan caer. La causa es, porque son tierra dura como piedra, y por falta de humedad no perseveraron en el bien comenzado hasta dar fruto de perfección. Muchos hay, que como oyen predicar contra la avaricia, la maldicen y aborrecen; alaban el menosprecio de las riquezas, y de los bienes mundanos; pero quando se les pone delante de los ojos alguna cosa de codicia, olvidan lo que primero alabaron. Muchos hay, que oyendo predicar contra los vicios viles de la carne, no solo se determinan á nunca mas cometer fealdad ni torpeza carnal, mas tambien sienten en sí gran vergüenza de las cometidas; pero quando se les presenta alguna ocasion de errar, el alma se olvida, y los ojos se les turban con la presencia del peligro; vuelven al vicio como ántes, y aprueban todo lo que primero habian condenado. Muchas veces nos dolemos de haber cometido algunas culpas, y despues del dolor volvemos á ellas. Contemplando Balaam las tiendas y el real del pueblo de Israel lloró, y mostró, que deseaba ser como ellos en su muerte, diciendo: muera mi alma de la muerte de los justos, y sean mis postrimerías semejantes á las de estos; pero luego que pasó aquella hora de buen conocimiento, volvió á encenderse en el fuego de la avaricia de tal modo, que por cier-

tas promesas que le hicieron, dió consejo para que matasen aquel mismo pueblo que tanto habia alabado: y olvidó el llanto que habia hecho, por no querer apartar el fuego de avaricia que en él ardía. Debeis notar las palabras del Señor y lo que dice en su declaración: es á saber, que los cuidados, y placeres, y riquezas ahogan en nosotros la palabra de Dios. Y es así verdad, que la ahogan, porque con sus importunos pensamientos aprietan la garganta del alma de tal manera que la ahogan: porque no dando lugar á que ningun buen deseo entre en ella; ¿quién duda que la ahogan? esto es lo mismo que cerrar el ayre á la vida, para que no pueda alentar. Debeis asimismo, hermanos, notar, que el Señor junta con las riquezas dos cosas, que son instrumentos de ellas para nuestro mal: es á saber, los cuidados, y los placeres y vicios. Y así con los cuidados está nuestra alma tan oprimida, que no se puede valer; y con los deleytes se derrama de suerte, que no sabe de sí. Con estas dos contrariedades sucede, que los hombres sujetos á ellas vivan por una parte afligidos, y por otra disolutos. Mas porque parece que no se puede concertar bien el estar afligido y disoluto, ellas lo ordenan de tal manera, que nuestra alma viva en cuidado acopiando riquezas, y guardandolas, y con la multitud de ellas se derrame y se haga disoluta en los vicios. Mas la buena tierra da fruto grande con la paciencia: porque á la verdad son de poco valor los bienes que hacemos, si no sufrimos con paciencia los males que nos vienen por nuestros próximos: cada uno se tenga por avisado, que quanto mas se aventajare en ser perfecto, tanto mas duras serán sus adversidades; y es la voluntad del Señor, que al justo se le aumenten los trabajos y penas en el mundo, á proporcion que se apartare de sus placeres. Y de aquí es, que vemos algunos siervos de Dios que viven bien, y nunca les faltan trabajos y desventuras: huyen de los vicios del mundo, y

por eso no les faltan azotes graves con que son affligidos. Pero conforme á lo que aquí el Señor dice, dan fruto de sí con la paciencia, porque recibiendo estos azotes con humildad, vienen despues á ser pagados con el descanso infinito. Hace el Señor lo que acá hacemos de las uvas, que hollándolas y pisándolas, sacamos de ellas el vino suave que despues bebemos. Lo mismo hacemos de las aceytunas, que con muy bien quebrantarlas, dexan la vascosidad, y dan un licor maravilloso de aceyte. Con la misma industria trillan en la era las espigas, sacan y apartan el grano de la paja, y quando le han limpiado, le llevan al granero. Qualquiera, pues, que desea alcanzar victoria contra sus vicios, sepa sufrir con humildad los azotes que el Señor le envía para purificarle: tanto subirá mas resplandeciente delante del juez Soberano, quanto con mas recio fuego de la tribulacion consumiere ahora la escoria de su alma. Quiero contaros un exemplo que merece ser oido. En aquel portal que está en el camino yendo á la Iglesia de San Clemente, estaba un pobre hombre á quien muchos de vosotros conocisteis como yo: se llamaba Servulo, y era pobre en hacienda y rico en virtudes: llegó á una extrema flaqueza por una larga enfermedad, tan larga, que desde muchacho hasta que murió ya hombre de dias, siempre padeció grave perlesía en su persona, y tan grave, que en todo este largo discurso de vida nunca pudo estar de pie, nunca levantarse en la cama, para si quiera estar sentado: nunca pudo llevarse la mano á la boca: nunca pudo volverse del otro lado. Estaba con él su madre y un hermano que le servian: y se supo con verdad, que quantas limosnas le hacian todo lo daba á los pobres por manos de su madre y hermano. No sabia letras, y con todo eso compró ciertos libros de la Sagrada Escritura, y procuraba que algunos pobres Religiosos viniesen á hospedarse en su casa, y hacia que le leyesen sin cesar: llegó á tanto con

con el continuo oír, que era ya docto en la Sagrada Escritura; á lo ménos sabia lo que para su propósito le convenia muy cumplidamente. Nunca le viéron con toda la furia de sus dolores, que cesase de dar gracias á nuestro Señor de las mercedes que le hacia: dia y noche nunca le oían sino oraciones, himnos y alabanzas al Señor. Quando ya fué tiempo de que recibiese el pago de tan larga paciencia, quiso nuestro Señor, que el mal que estaba por defuera, empezase á obrar dentro y tocar en las partes mas delicadas de la vida. Quando él sintió que se le acercaba la hora, llamó algunos de los Religiosos huespedes que allí estaban, y les rogó, que le ayudasen á bien morir rezando todos juntamente con él y cantando alabanzas al Señor. Estando él y ellos en esta ocupacion, súbitamente les dixo, como hombre muy admirado, con recia voz, callad hermanos, callad y oid: ¿cómo no ois qué música tan gloriosa suena en el cielo? Y estando así transportado en la alegría que sentia su alma con la melodía de aquella música, su espíritu bienaventurado se apartó de las carnes. Fué tan grande la suavidad y fragancia de olor, que todos los que allí estaban sintieron, que fácilmente conocieron el camino que llevó aquella alma gloriosa. Se halló presente un Monge nuestro que hoy en dia vive, y éste muchas veces afirma con lágrimas, que hasta que el cuerpo fué sepultado, nunca aquel olor celestial se quitó de las narices de los que allí estaban. Ved aquí, muy amados hermanos míos, el fin que tuvo el que con paciencia sufrió sus trabajos hasta la muerte. Conforme á las palabras del Señor, esta buena tierra hizo fruto con la paciencia; y arada con la reja de las penas y dolores, vino á la era en donde fué pagada. Mas decidme, hermanos, ¿qué cuenta daremos á Dios nosotros los que con tanta sanidad como tenemos en las manos, en los pies y en todo nuestro cuerpo, tan poco lo empleamos en su servicio: viendo que este po-